

Jn 15,9-17

Les he dicho esto para que mi gozo está en ustedes

El Evangelio de este Domingo VI de Pascua puede ser definido como un tratado, expuesto por Jesús mismo, sobre el amor. Es importante que lo aprendamos de este Maestro, que está en la fuente del amor, porque la palabra «amor» es una de las más profanadas del vocabulario, hasta el punto de ser usada, a menudo, para expresar lo más opuesto al amor, a saber, el puro egoísmo.

El amor es una realidad que no puede expresarse, sino con la propia vida. Así lo declara Juan en su primera carta: «En esto hemos conocido lo que es el amor: en que Él (Jesús) entregó su vida por nosotros» (1Jn 3,16a). Y lo hemos conocido en su nivel máximo, porque, como enseña Jesús, «nadie tiene un amor más grande que este: que alguien entregue su vida por sus amigos». Nos preguntamos: ¿Por qué puede alguien querer entregar su vida, es decir, negarse totalmente a sí mismo, por el bien de otro? ¿De dónde nace este impulso, que hemos conocido en Jesús –«Él entregó su vida por nosotros»– y hemos visto, luego, en muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia que han aprendido esa enseñanza, sacando la conclusión del apóstol Juan: «También nosotros debemos dar la vida por los hermanos» (1Jn 3,16b)?

Ese impulso que mueve a la entrega de la vida por los hermanos nace de Dios mismo. Ese es el origen del amor, como lo revela Jesús: «Como ha amado a mí el Padre, así he amado Yo a ustedes». Lo ha dicho también antes, cuando empieza a revelar quién es su Padre: «En verdad, en verdad les digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino que hace lo que ve hacer al Padre: lo que hace Él, eso también lo hace igualmente el Hijo» (Jn 5,19). Jesús revela al Padre, sobre todo, dándonos a conocer lo que es el amor.

Estas consideraciones y, sobre todo, la propia experiencia son las que hacen llegar al apóstol Juan a la más importantes de las definiciones de Dios: «Queridos, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios... porque Dios es Amor» (1Jn 4,7.8).

Esa partícula comparativa, «como», usada por Jesús – «como ha amado a mí el Padre...»–, tiene un doble significado. En primer lugar, expresa lo que es el amor, revelando su semejanza: como Dios; y, en segundo lugar, expresa la medida de ese amor suyo hacia nosotros, una medida que nadie puede cuantificar, porque es la medida de Dios, –la medida del amor del Padre por su Hijo–, es decir, infinita, hasta tal punto que origina una tercera Persona divina, el Espíritu Santo. Esta Persona divina es la que, infundida en nuestros corazones, en nuestro interior, nos impulsa a amar, como lo expresa San Pablo mediante una imagen visible, comparando al amor con un fluido: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,5).

A esto se refiere Jesús, cuando, prometiendo el envío del Espíritu Santo, dice: «Recibiré de lo mío y lo comunicaré a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibiré de lo mío y lo comunicaré a ustedes» (Jn 16,14-15). Nada es más del Padre y de su Hijo que el amor. Eso es lo que el Espíritu toma de Jesús –del Hijo– y lo infunde en el ser humano y así lo impulsa a amar, a entregar su vida por sus hermanos, que son todos los seres humanos.

¿Con qué interés se ama a los demás, qué se gana con eso? La respuesta es: nada fuera del mismo amor. La única finalidad es el amor mismo. Tener algún otro interés, aunque sea oculto, es transformarlo en egoísmo. «Dios es amor» y Él nos basta. Bien lo dice San Bernardo: «Amo quia amo; amo ut amem» (Amo porque amo; amo para amar) (Sermón sobre el Cantico, N. 95).

En el Evangelio de este domingo, después de revelarnos el origen del amor y decirnos dónde tenemos su conocimiento y su medida, Jesús nos manda: «Permanezcan en mi amor». Y si preguntamos: ¿Cómo se hace?, Él mismo responde: «Si ustedes guardan mis mandamientos, permanecerán en mi amor». Pero no es necesario recordar una lista de preceptos; Él mismo los encierra todos en uno solo: «Este es el mandamiento mío: que ustedes se amen unos a otros como Yo los he amado...». Esa partícula «como» excluye toda presunción, porque nunca podremos decir: «Lo ha cumplido». La medida del amor que Jesús nos manda es la medida del amor del del Padre por su Hijo: «Como el Padre ha amado a mí, así los he amado Yo a ustedes».

Jesús agrega una afirmación que espera que sea realidad en nosotros: «Les he dicho esto, para que mi gozo esté en ustedes, y el gozo de ustedes sea

colmado». La fuente del gozo en el ser humano es el amor. Cuando se ama en la medida de Jesús, es decir, entregando la vida por los hermanos, ese gozo es colmado.

Podemos establecer una ecuación perfecta que se verifica en la vida de todo ser humano y en la vida de la sociedad humana: Presencia de Dios = presencia del amor = presencia del gozo y la felicidad. Si excluimos a Dios de nuestra sociedad excluimos también la alegría, porque hemos excluido el amor y adoptado como móvil el egoísmo. En este momento se está realizando en nuestro país un censo y una de las preguntas es la fe que se profesa. Desgraciadamente, en los últimos censos el número que más ha aumentado es el de los que no tienen creencia alguna, de los que excluyen de sus vidas a Dios. Esperemos y oremos para que esa tendencia se revierta.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez  
Obispo de Santa María de los Ángeles